



El mejor libro del mundo Manuel Vilas



DESTINO

El mejor libro del mundo

Manuel
Vilas

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín

Primera parte

Sesenta años con ustedes

Algo va a pasar mañana

Mañana cumplo sesenta años y no sé qué ha sido mi vida, corrió veloz como los conejos en el monte, sorteando obstáculos y zigzagueando entre las hierbas, las piedras y los árboles, sin que en modo alguno, bajo ninguna circunstancia, bajo ninguna mirada benévola y amable, pudiera apreciarse la construcción de un camino, porque los caminos exhiben y afirman un pasado y quienes serpenteamos llevamos en las manos una fantasía, la ilusión de que estuvimos vivos y que amamos y fuimos amados, pero no hay camino detrás de nosotros.

Y en el abultado error en el que vivo parece que mi vida acaba de comenzar, parece que todo el rato estoy en el principio, en ese momento en que se crean los proyectos y nacen los deseos; y la plenitud y la felicidad sucederán mañana. Como si fuese un niño de seis años y no un hombre de sesenta años.

Mañana los cumplo.

Estoy vivo, y he llegado a esta edad. La gente piensa que si te mueres con sesenta años o con menos de sesenta años te pierdes cosas importantes de la vida, pero eso los muertos no lo saben.

La gente comete una frivolidad sin pretenderlo, piensa en ella misma cuando piensa en los muertos, sin darse cuenta de que estar muerto no es estar enfer-

mo en una cama o preso en una cárcel, estar muerto es el misterio más grande de todos los misterios.

Puede ser tan misterioso que incluso esté allí, escondida, la libertad.

Quiero decir que la nada me será muy saludable y maravillosa, motivo de gran felicidad, cuando esté muerto.

Lo más interesante de cumplir sesenta años es que me invento ya una vida de ser humano póstumo francamente sensacional.

Antes de que tú, lector, y yo naciéramos hubo milenios en los que había otros seres humanos que no éramos ni tú ni yo. Una vez que nos vayamos, habrá otros seres humanos que no seremos ni tú ni yo.

Yo los veo, veo a los muertos y veo a los aún no nacidos, ese don sobrenatural lo tengo; no es un alarde de lo que expreso, es más bien una condena, una insania, una avería cerebral, no es divino, todo lo contrario; de ser algo, sería diabólico.

Los muertos están allí todos los días, junto a los vivos, yo los veo; y los aún no nacidos están allí también, esperando, afilando sus futuros corazones.

Muchas veces, cuando camino por la ciudad de Madrid de noche, veo un desfile, una manifestación de millones de muertos de todas las edades, de todos los siglos, y veo otro desfile de millones y millones de seres humanos que ocurre tres metros más arriba, en el espacio, de billones de seres humanos que están esperando a tocar el suelo, a descender esos tres metros que los separan de la tierra.

Y sin embargo, el presente en el que tú y yo estamos vivos es el oro de la vida, es el único reino posible.

Y ellos lo saben, y me lo dicen.

—Queremos tu sitio —dicen unos.

—Queremos que nos devuelvas nuestro sitio —dicen otros.

18 de julio

Hoy es 18 de julio y estoy en el Balneario de Panticosa, en el norte de España.

Vengo de bañarme en el *spa*. Me he metido en la sauna y he aguantado quince minutos en esa caja de madera caliente que tiene el poder de hacerte recordar mediante el fuego y el sudor y hacer que esos recuerdos no importen. La sauna estaba a más de ochenta grados; al menos, eso decía el termómetro. Yo estaba bien allí dentro, porque el cuerpo se hacía protagonista de todo; y entonces el pensamiento y los recuerdos cedían su importancia ante ese protagonismo de la piel, de los músculos y de los huesos.

Cualquier forma de relato se pierde si no está animada por el conflicto, y el conflicto básicamente se asienta en algún tipo de injusticia, de desorden, de dislocación, de abismo.

Tenía cincuenta y cinco años cuando publiqué mi novela autobiográfica *Ordessa*. Mi atención entonces estaba volcada en mis problemas personales y para nada en la literatura. Con la publicación de la novela, esperaba lo de siempre, lo que venía siendo hasta entonces mi vida de escritor: algunas reseñas, algunas críticas, algunas entrevistas, un par de presentaciones, algún lector apasionado, otros decepcionados, más o menos lo que

me había sucedido hasta entonces: una vida discreta de escritor dentro de la invisibilidad. Una vida, por otro lado, muy tranquila, muy anónima, una buena vida, eso sí, pues estaba alejada de la mirada pública, e incluso de las pulsiones de éxito y de fracaso, porque esas pulsiones vienen del espacio social, y el espacio social del escritor discreto casi no existe.

Una vida discreta ha sido siempre mi ideal en alguna medida, y sin embargo he defenestrado ese ideal por activa y por pasiva. Esto no lo entenderé nunca, porque la discreción me había parecido la forma de vida que me estaba destinada desde que, durante la timidez de mi adolescencia y mi niñez, vi que edificar una personalidad vistosa y pública me iba a resultar una tarea imposible, y ahora me gustaría saber por qué. Tal vez porque desde que era un adolescente me pareció que no había verdades sólidas en el mundo, tal vez lo vi por instinto. Pero me estoy desviando. El caso es que el ideal de discreción no se cumplió y bien que me apena.

Para mi asombro, nada más aparecer el libro, en enero del año 18, comencé a recibir mails y wasaps llenos de admiración y de sorpresa. Y mis editores comenzaron a ponerse felizmente nerviosos: algo estaba pasando. *Ordesa* se agotaba en las librerías, y las reimpresiones del libro no daban abasto. Todo el mundo se puso a hablar del libro, y yo no tenía ni idea de por qué esta vez sí y otras veces no. Parecía una broma, pero ¿de quién?

Eso es, parecía una broma, como si Franz Kafka quisiera reírse de mí, o más bien que nos riéramos juntos. Yo, que he amado tanto a Kafka, y este, en correspondencia, me mandaba un regalo misterioso, una broma hermética, una broma indescifrable.

La gente me quería ver, me invitaban de todas partes, y yo agradecía el cariño, el cariño mucho más que la admiración por el libro. Ahora que han pasado ya cinco años no es el éxito del libro lo que me causa estos pensamientos, y muchísimo menos la imperdonable y horripilante vanidad de exhibir el éxito públicamente, algo que parece muy patético. No, es otra cosa diametralmente opuesta lo que quiero decir. Tampoco creo que el éxito (de cualquier condición) sea real, que tenga la fuerza de la naturaleza, más bien parece una superstición más de las sociedades humanas, por tanto alberga en su intestino melancolía y engaño. Esa otra cosa fueron los acontecimientos que viví, y para contar esos acontecimientos me ha sido necesario recordar el éxito de *Ordesa*, solo por eso, que conste de forma palmaria y terminante, pero es que esos acontecimientos que viví fueron una comedia, a veces deliciosa, a veces pavorosa. Y esos acontecimientos tienen que ver con mi origen social y con lo que había sido mi vida hasta entonces. Y eso sí es interesante y tiene conflicto, es interesante ver cómo a un muerto de hambre risueño y franciscano, como había sido yo durante cincuenta y cinco años, le empiezan a cambiar las cosas. Es un conflicto social, y por tanto político.

No digo *muerto de hambre* en un sentido peyorativo, lo digo en una apelación mística y popular, cariñosa y expresiva. Y gente que llevaba ignorándome un montón de años de repente me saludaba en los saraos literarios. Festivales que nunca me habían invitado ahora lo hacían. Y comencé a viajar. Me volví visible, había abandonado la invisibilidad. Hay dos países en este mundo: la visibilidad social y la invisibilidad, yo ya creía que me quedaba a vivir para siempre en el segundo.

Cambió mi percepción de la literatura, o de mi literatura. Como toda mi vida había sido un muerto de hambre (insisto en la acepción contemplativa de la expresión), aceptaba todas las invitaciones que me llegaban. Me pasé el año 18 viajando de un lado para otro. Y *Ordessa* se situaba en los primeros puestos de libros más vendidos y los lectores se habían convertido en legión y todos querían decirme algo sobre el libro y yo escuchaba, pero no sabía qué contestar. Solo decía esto todo el rato: «Muchísimas gracias de todo corazón»; me aboné a esas palabras, como si esas palabras contuvieran una tarifa plana, una posibilidad de ser usadas sin recargo.

Muchísimas gracias de todo corazón.

O muchísimas gracias con toda mi alma.

Y las decía como si por mi boca hablara toda mi familia, mis padres, mis abuelos, a quienes no conocí, mis bisabuelos, mis tatarabuelos, hasta que caía en la profunda oscuridad de mi origen biológico y político.

Pero esas dos fórmulas de gratitud que decía a la gente me enternecen en este momento, y me doy cuenta de que llevo sesenta años al lado de la vulnerabilidad absoluta, que es milagroso que no me haya muerto por carecer de las más elementales armas de vida, que no las tengo. No sabía cómo expresar mi gratitud, y sigo sin saberlo, pero no saber expresar tu gratitud te acerca a una forma de conocimiento de la vida que tiene un cincuenta por ciento de plenitud y otro cincuenta por ciento de melancolía.

Al verme en la necesidad, en una necesidad amable y deseada, de expresar mi gratitud tuve que abandonar la discreción y la invisibilidad, dos lugares en donde había residido cincuenta años, dos excelentes

y enormes habitaciones soleadas en donde vivir, tomar el sol y respirar y estar en paz con todo.

Luego, poco a poco, pasado más de un año y medio desde su publicación, el libro fue descendiendo en popularidad, y me di cuenta de que me había vuelto adicto a ver mi novela en las listas de libros más vendidos. Cuando vi que se apeaba de los libros más vendidos fui regresando a mí mismo, a mi segunda división de toda la vida.

Mañana cumpliré sesenta años, y me temo que estas van a ser una tarde y una noche muy largas.